

NARBONA VIZCAÍNO, Rafael, *La ciudad y la fiesta: Cultura de la representación en la sociedad medieval (Siglos XIII-XV)*, Madrid, Ed. Síntesis, 2017, 274 pp. [Colección Temas de Historia Medieval, coord. por Monsalvo Antón, J. M.], ISBN 978-84-9077-456-4.

DOI: <https://doi.org/10.24197/em.19.2018.444-446>

Desde hace poco más de un año –a finales de 2016—, la Editorial Síntesis viene publicando una colección titulada “Temas de Historia Medieval” en la que, bajo la coordinación de J. M^a. Monsalvo y con la participación de destacados especialistas, se nos ofrece una versión actualizada y global de aspectos tales como la conflictividad social, los paisajes y asentamientos rurales, los oficios artesanales, el clero, la nobleza, las instituciones y los poderes medievales, etc. Pues bien, en esta ocasión el tema elegido para formar parte de este interesante proyecto editorial por el profesor Rafael Narbona Vizcaíno no es otro que el apasionante mundo de las fiestas, un ámbito que, desde su “redescubrimiento” –como indicaba M. Vovelle— a mediados de los años setenta, ha conquistado un lugar de honor en la historiografía, primero a través de las llamadas “mentalidades” y, más recientemente también, en los territorios de la historia sociocultural.

La idea, por lo tanto, de presentar una visión renovada y general acerca de las fiestas en la Europa pleno y tardomedieval reúne, en sí misma, suficientes ingredientes de interés como para despertar de antemano la curiosidad del lector; pero es sobre todo el enfoque elegido por el autor lo que confiere a esta obra un carácter tan original como sugerente, ya que no solo se limita a la descripción de las principales celebraciones y ceremonias festivas documentadas en el continente europeo –principalmente en Occidente— sino que lo hace proyectándolas sobre los espacios urbanos y analizando su papel como forjadoras de una cultura comunitaria específica, con la que el cuerpo social se siente identificado y representado, tanto cuando forma parte de las mismas como cuando asiste a ellas como espectador activo. Esta función cultural de la fiesta, capaz de penetrar en el plano simbólico y de fomentar, a la par, los sentimientos identitarios de la heterogénea sociedad urbana, es analizada inteligentemente por Rafael Narbona en los seis grandes apartados que componen el libro.

De entrada, el primer capítulo lo dedica a la identificación de los diversos tiempos festivos: desde la conformación de los diferentes modelos de calendario utilizados en este periodo, hasta su dependencia de los ciclos agrarios, su vinculación con los principales hitos del ciclo vital, la coexistencia del tiempo litúrgico –controlado por la Iglesia—, con el tiempo de los mercaderes –marcado por el creciente protagonismo de los relojes mecánicos—, y la repercusión de

dichos patrones y pautas temporales sobre la vida cotidiana de los ciudadanos que se plasma en aspectos tan sumamente diversos como la obligación de santificar las fiestas, de participar en determinados actos o en la ocupación de los espacios públicos convenientemente aderezados y engalanados para cada ocasión.

A continuación, aborda las que califica como “fiestas patrióticas”, en las que engloba las festividades de los santos patronos de cada ciudad, las que exaltan sus orígenes míticos o fundacionales —con especial atención a los relacionados con la Reconquista en el caso ibérico— y las que veneran a los santos guerreros que protegen y auxilian a la población tanto si se encuentran en el campo de batalla como si se enfrentan a otras amenazas, como las pandemias, que pongan en peligro su supervivencia.

En el “homenaje a la soberanía” el protagonismo, en cambio, recae en aquellos eventos que refuerzan y afianzan las relaciones entre los representantes de los poderes políticos superiores —generalmente, el Rey— y los responsables de las instituciones urbanas; fenómenos estos que se visualizan en las ceremonias de las entradas reales —fuertemente jerarquizadas e impregnadas de elementos simbólicos— o en los grandes fastos y celebraciones que se desarrollan con motivo de las coronaciones reales, de sus gestas y victorias militares o incluso con motivo de la instauración de una nueva dinastía.

El capítulo cuarto se centra en el análisis de las múltiples celebraciones religiosas que se desarrollaban en los espacios urbanos; en este sentido, y tras realizar un rápido recorrido por la evolución de los cultos y devociones a los santos desde la época de los primeros mártires hasta los albores de la Edad Moderna, el autor examina las diferentes manifestaciones de religiosidad que tienen lugar en las ciudades medievales, destacando particularmente las procesiones, las predicaciones y las que considera como “fiestas fuertes” o fiestas “mayores”, entre las que brilla con especial esplendor la conmemoración —y la procesión cívica— del Corpus Christi.

Las fiestas populares ocupan el siguiente apartado bajo el título del “triumfo del desorden”; en él se exponen algunos de los rasgos más significativos de dichas celebraciones, como, por ejemplo, su carácter efímero, su contenido simbólico, su concentración en determinadas estaciones del calendario, y se insiste —creo que con gran acierto— en que de ningún modo pueden considerarse como un desafío al orden establecido. Luego, el autor va pasando revista a las principales manifestaciones festivas: las fiestas del obispillo, las de los asnos y las de los “locos”, las celebraciones de los jóvenes estudiantes, las proclamaciones de las mayas o los majos, las encerradas, etc., deteniéndose posteriormente en las figuras de los “reyes” o líderes de estas burlas y, especialmente, en las fiestas y excesos del Carnaval, que ocupan por su importancia el último epígrafe de este capítulo.

El último apartado es, a mi modo de ver, el más original y sorprendente, ya que trata de los “festejos” de la infamia. Aunque tipificar estos actos como “festejos” puede resultar —en opinión de algunos especialistas— discutible, lo cierto

es que tanto por lo que tienen de carácter público como por su cometido ejemplarizante y moralizante, las flagelaciones, amputaciones, exposiciones en la picota, ejecuciones y, ya a finales del siglo XV, la celebración de los primeros “autos de fe”, cumplieron una función de enorme trascendencia en el desarrollo de la vida urbana y en la propia imagen que la ciudad anhelaba transmitir; por tanto, no me parece en absoluto reprochable que dichas ceremonias sirvan de cierre a una obra que pretende ahondar en el estudio de la cultura de la representación bajomedieval.

Por lo demás –y cumpliendo estrictamente con las normas editoriales de la colección—, el libro termina con una breve selección de dieciocho textos comentados y una antología de la bibliografía utilizada, que en todo caso el lector puede ampliar en función de sus inquietudes acudiendo al repertorio completo que se indica en la dirección de internet (www.sintesis.com).

En definitiva, estamos, por tanto, ante una obra sugerente, que renueva los cauces por los que tradicionalmente ha discurrido la historia de la fiesta; una obra que se lee además de forma muy amena, pero que se encuentra a la par magníficamente documentada y que hace gala de un exquisito conocimiento bibliográfico particularmente en los ámbitos referidos al Sur de Europa. Cierto es que algunos expertos echarán en falta un mayor desarrollo de algunas facetas, como, por ejemplo, en el apartado de las devociones, las relativas a las procesiones parroquiales, las rogativas, las peregrinaciones locales, etc., pero es evidente que en una obra de estas dimensiones resulta imposible abarcarlo todo y hay que privilegiar las visiones panorámicas de conjunto; también es posible que se cuestione la decisión explícita del autor de no incluir dentro de su libro las festividades vinculadas a los ritos de paso individuales –nacimiento, matrimonio, funerales, etc.—, si bien muchas veces estos aparecen cuando se habla, por ejemplo, de los ritos y homenajes brindados a los soberanos, pero en este caso creo que su elección está justificada desde las primeras páginas de introducción, al entender que el protagonista del libro debería ser la comunidad urbana como sujeto colectivo. De cualquier forma, y al margen de las consignadas, estoy seguro de que al lector no le faltarán precisamente preguntas a medida que avance por las páginas de este libro, porque si algo destaca por encima de todo en la presente obra es su capacidad para generar inquietudes... Y eso no es fácil en los tiempos que corren.

JUAN CARLOS MARTÍN CEA
Universidad de Valladolid
jcmcea@fyl.uva.es